

Ralph Graham

Dos libros sobre la Unión Soviética

Agosto 1946

Tomado de: Ralph Graham [Frank Glass], "Two Books on the Soviet Union", reseña publicada en **Fourth International**, Vol. 7 No. 8, agosto 1946, Nueva York; pp. 245-249.

Traducido al castellano por Andrés Rucci.

I Chose Freedom

Por Victor Kravchenko

Nueva York. Charles Scribner's Sons. 1946.

One Who Survived

Por Alexander Barmine

Nueva York. G.P. Putnam's Sons. 1943.

Durante los últimos quince años, la Unión Soviética ha sido objeto de una gran literatura. Los libros han rodado en una verdadera inundación de las imprentas de las principales editoriales. Casi todos los periodistas asignados a la Unión Soviética escribieron un libro sobre sus hallazgos. Las luminarias literarias harían una gira de seis semanas por la Unión Soviética bajo la guía de la GPU, luego regresarían a casa para escribir "autoritativamente" sobre el "gran experimento ruso". Incluso el decano de Canterbury agregó su cuota a esta producción literaria. Los libros fueron numerosos y cayeron casi indefectiblemente en una de dos categorías: o bien eran obra del ejército de "compañeros de viaje" y apologistas contratados del régimen de Stalin, o eran las efusiones de personas con una agenda anti-soviética.

Notablemente ausentes de la colección cada vez mayor, había libros de ciudadanos soviéticos rusos capaces de escribir de manera crítica y exhaustiva sobre el régimen de Stalin. Tampoco es sorprendente cuando se considera que los críticos fueron sistemáticamente "liquidados". Victor Serge y Anton Ciliga lograron escapar de las garras de Stalin y se comprometieron a escribir algunas de sus experiencias y observaciones. De ellos, el mundo obtuvo algunas de las primeras revelaciones verdaderas de testigos oculares de la vida bajo Stalin. Ahora, en los libros de Kravchenko y Barmine, obtenemos las primeras imágenes redondeadas del gobierno totalitario más reciente de la burocracia estalinista y lo que significa para los 180 millones de habitantes de la Unión Soviética.

Nadie puede cuestionar las credenciales de los autores. Ambos pasaron la mayor parte de sus vidas bajo el régimen de Stalin. Kravchenko es un ingeniero industrial que ocupó puestos clave en la industria soviética. Rompió con el régimen de Stalin en este país, donde formó parte del personal de la Comisión de Compras soviética durante la guerra. En la época de la revolución bolchevique, era un hombre joven, entusiasmado por el ideal socialista. Luchó en el Ejército Rojo a través de la guerra civil y la intervención, se convirtió en un ardiente miembro del partido y fue

llamado nuevamente al servicio militar cuando los nazis invadieron la Unión Soviética en 1941. El récord de Barmine es similar pero más variado: industrial soviético, empresario y soldado, diplomático y periodista. Rompió con el régimen de Stalin en 1937, mientras ocupaba el cargo de *chargé d'affaires* soviético en Atenas, pero su libro no se publicó hasta el año pasado.

Tanto Barmine como Kravchenko, a diferencia de los funcionarios soviéticos menos afortunados que rompieron con Stalin (Ignace Reiss, Walter Krivitsky), hasta ahora han logrado evadir las atenciones asesinas de los asesinos a sueldo de Stalin. Kravchenko explica que interiormente rompió con el régimen hace muchos años. Pero uno no puede romper con Stalin, y continuar viviendo, si uno permanece en la Unión Soviética. Solo aquellos enviados a misiones oficiales en el extranjero pueden abandonar la Unión Soviética. Kravchenko tuvo que esperar mucho antes de que llegara la oportunidad. Barmine, como diplomático soviético, tuvo la oportunidad mucho antes que Kravchenko. Pero su determinación de romperse vino solo después de la monstruosa purga del Ejército Rojo en la que muchos de sus amigos personales fueron enviados a la muerte como "traidores" cuando supo que eran leales defensores de la Unión Soviética.

En su fuga del estalinismo, ambos autores han aterrizado en el regazo de la "democracia" capitalista. Esto requiere que abordemos críticamente todas las conclusiones políticas que extraen de los arsenales de hechos a su disposición. Ambos pertenecen a la tendencia souvarinista que identifica al estalinismo con el bolchevismo. Sin embargo, Kravchenko -sin duda involuntariamente- destruye esta falsa identificación cuando describe la vida y la política soviética durante los primeros años de la Revolución, cuando Lenin y Trotsky estaban al frente del estado soviético. La democracia viva y dinámica y la creatividad de esos años contrastan demasiado bruscamente con la dura represión y la apagada conformidad que introdujo la burocracia estalinista.

Pero de los hechos que los autores establecieron, las experiencias que relatan, las observaciones que registran, de estos no puede haber ninguna duda. Ambos libros suenan verdad. Contienen una gran cantidad de detalles circunstanciales que están en armonía y que coinciden plenamente con toda la información previamente establecida. Incluso los hachones literarios de Stalin en este país no han intentado refutarlo. Las revisiones estalinistas de los dos libros han consistido en insinuaciones desdeñosas contra los autores y una estudiada negativa a discrepar con su presentación de los hechos.

Dentro del marco literario de las narrativas personales, Barmine y Kravchenko despliegan la repelente historia del régimen de Stalin. Para el horror de pesadilla, ningún trabajo de ficción puede comenzar a competir con estos libros. Primero, se nos vislumbra la Revolución Bolchevique y la guerra civil: los gloriosos y heroicos años del primer estado obrero. Luego viene el ascenso al poder de la burocracia usurpadora en el período de reflujos y derrota revolucionarios, con Stalin como la expresión por excelencia de la actitud y las necesidades de la nueva casta gobernante. Estamos atravesando el período de los planes quinquenales, la colectivización forzosa de la agricultura ("liquidación de los *kulaks* como clase"), los fantásticos juicios fraudulentos de Moscú, las monstruosas purgas, la hambruna hecha por el hombre de Stalin en la que millones pereció, y, finalmente, la guerra contra la Alemania nazi con todas sus terribles consecuencias para el pueblo ruso.

Sobresaliente en un libro tejido de drama y horror, está la descripción de Kravchenko de la gran hambruna en el sur de Rusia y Asia central, que siguió como consecuencia inevitable del programa aventurero de Stalin de colectivización forzada. **Harvest in Hell** es el título espeluznante de este capítulo, y huele a muerte y ruina.

En un campo de batalla, los hombres mueren rápidamente, se defienden, se sostienen mediante la comunión y el sentido del deber. Aquí vi gente muriendo en soledad en grados lentos, muriendo horriblemente, sin la excusa del sacrificio por una causa. Los habían atrapado y dejado morir de hambre, cada uno en su hogar, por una decisión política tomada en una capital lejana en torno a las mesas de conferencias y banquetes. Ni siquiera había el consuelo de la inevitabilidad para aliviar el horror. [La mantequilla, por ejemplo, se exportaba al extranjero desde las mismas regiones donde la gente moría de hambre, para obtener divisas con las que importar maquinaria].

Los lugares más terroríficos eran los niños pequeños con extremidades esqueléticas colgando de los abdómenes como globos. El hambre había limpiado de sus rostros todo rastro de juventud, convirtiéndolos en gárgolas torturadas; solo en sus ojos todavía perduraba el recordatorio de la infancia. En todas partes encontramos hombres y mujeres tendidos boca abajo, con la cara y el vientre hinchados, sus ojos completamente inexpresivos.

Kravchenko fue uno de los muchos miles de hombres del Partido enviados a las zonas afectadas por la hambruna para ver que se cosechaban los nuevos cultivos, para evitar que los hambrientos se comieran los brotes verdes, para evitar que los colectivos se descompusieran, etc., etc. sabe de que escribe ¿Cuántos de los campesinos murieron? Nadie sabe. El régimen de la burocracia estalinista no solo no reveló estadísticas de las víctimas de la hambruna, si, de hecho, se reunieron tales estadísticas. ¡Nunca ha reconocido hasta hoy que hubo hambre en absoluto! A los corresponsales de la prensa extranjera en Moscú se les prohibió la entrada a las regiones afectadas por la hambruna y se les impidió enviar al exterior los hechos que se les ocurrieron. Algunos, que fueron transferidos a otros países, y aprovecharon la oportunidad para escribir lo que habían escuchado mientras estaban en la Unión Soviética, dieron estimaciones de entre tres y cinco millones de muertos.

La hambruna ideada por el hombre siguió a la "finalización triunfante" del primer plan quinquenal. Teniendo en cuenta toda la jactancia burocrática y la exageración, y la falsedad estadística que pronto iba a descubrirse, la ejecución de este plan proporcionó a la Unión Soviética algunos de los elementos básicos de una industria pesada. ¡Pero a qué costo en la vida y el bienestar humano! Los trabajadores y el personal técnico fueron impulsados por esclavos a un ritmo asesino durante varios años sin descanso. Se establecieron normas de producción y tiempos de construcción imposibles. La población industrial fue trabajada hasta el agotamiento. Mientras tanto, con todo el énfasis puesto en el desarrollo de la industria pesada, no hubo un crecimiento correspondiente de las industrias que producen bienes de consumo. Hubo crecientes insuficiencias de comida, ropa y vivienda. El nivel de vida de los trabajadores estaba por debajo del de los tiempos zaristas. Una terrible pobreza se superpuso al agotamiento nervioso debido a la matanza del trabajo. Barmine da una descripción más gráfica de la capital soviética al final del primer plan quinquenal:

Después de las mejoras de 1922-28, Moscú mostró cambios terribles. Cada rostro y frente de cada casa era elocuente de la miseria, el agotamiento y la apatía. Apenas había tiendas, y las raras ventanas de exhibición que aún existían tenían un aire de desolación. No se veía nada en ellos excepto cajas de cartón y latas de comida, sobre las cuales los tenderos, en un estado de desesperación más que temeridad, pegaban pegatinas que decían "vacías". La ropa de todos estaba gastada y la calidad de las cosas era indescriptible. Mi traje de París me hizo sentir avergonzado en las calles. Había escasez de todo, especialmente de jabón, botas, verduras, carne, mantequilla y todos los alimentos grasos.

Me sorprendió mucho ver multitudes esperando en frente de las tiendas de dulces. Compañeros de viaje después de un viaje apresurado a través de Rusia regresarían a casa y contarían cuentos brillantes del paraíso socialista donde las multitudes esperaban en largas colas, no por pan, sino por dulces. La verdad fue bastante diferente. La gente hambrienta buscaba algo para llenar sus estómagos vacíos. Incluso los desagradables dulces hechos con sacarina y habas de soja se consumían gustosamente, porque eran casi las únicas cosas comestibles que podían comprarse, incluso entonces una libra de ellas costaba un día de salario promedio.

Los productos manufacturados eran mucho más escasos que el dinero, y el dinero era más escaso que el empleo. Era cierto, como decía la propaganda en el extranjero, que no había desempleo; pero vivir con el salario de un trabajador fue lo más difícil del mundo. La crisis de la vivienda había llegado a un punto nunca antes

conocido. Frente a las cooperativas vacías, largas colas se sucedían día y noche con la esperanza de que se les asignaran cantidades ridículamente pequeñas de alimentos ...

Me impresionaron estas evidencias materiales de crisis, y aún más por la tensión nerviosa entre comunistas, intelectuales, especialistas técnicos y obreros; en resumen, entre todos aquellos que estuvieron más involucrados en el Plan Quinquenal. Las caras estaban marcadas con ansiedad y fatiga, y las mentes estaban tan agotadas que nadie parecía capaz ya de controlar sus reacciones o de ver las cosas con calma. Todos estaban atrapados en una maraña de instrucciones imperativas, hechos resistentes, dificultades constantemente recurrentes, mentiras oficiales, necesidades desgarradoras de nervios, temores y dudas.

Para la mente limitada de Stalin, parecía que todo el proceso económico podía ser ordenado y dirigido por el decreto del Kremlin. La industrialización y la colectivización podrían llevarse a cabo sin tener en cuenta las necesidades y los deseos de los trabajadores y los campesinos. Habiendo proclamado la posibilidad de "construir el socialismo en un país", el trabajo debía llevarse a cabo incluso si eso significaba eliminar a la mitad de la población. Cuando la arbitrariedad burocrática se topó con dificultades objetivas y resistencia popular, con el resultado de que todo el tejido económico se rompió y se rompió, la respuesta de Stalin fue: la purga. Los escuadrones de fusilamiento, los asesinatos secretos en las bodegas de la GPU, muestran "juicios" de presuntos saboteadores y agentes extranjeros, y las deportaciones masivas fueron su "remedio" para la dislocación económica y el colapso. Como no podía admitirse culpa o error de cálculo en la parte superior, se tenían que encontrar y castigar a los chivos expiatorios. Los críticos del régimen, reales o sospechosos, tenían que ser "liquidados". Huelga decir que estos métodos, al dejar intactas las causas básicas de la crisis, sirvieron para profundizar el caos económico. El personal técnico de industrias enteras fue aniquilado en las purgas. Tal personal no puede ser creado en un día.

Las purgas de Stalin ocupan naturalmente un lugar prominente en los dos libros. Le daremos la palabra a Kravchenko, quien describe este sombrío negocio en su enorme alcance, con especial referencia a Nikopol, donde trabajó como ingeniero industrial en una gran planta. El propio Kravchenko sintió la brutal mano de la inquisición estalinista y escapó por poco de la "liquidación", de modo que su testimonio no es solo el de un observador, sino de una víctima o casi víctima. Esto es lo que escribe:

El mundo exterior vio los diversos ensayos de purga de sangre en el antiguo Salón de los Nobles en Moscú. No entendió, no comprende hasta el día de hoy, que los juicios de Moscú fueran solo una fachada formal, una vitrina, detrás de la cual se acumulaban los verdaderos horrores en las montañas. Los juicios públicos involucraron a unas pocas docenas de víctimas cuidadosamente seleccionadas y ensayadas. La purga involucró a cientos de miles, en última instancia, alrededor de diez millones que fueron clasificados y eliminados rápidamente; estos a prisión, estos al exilio, estos para los batallones de trabajo forzado, estos a morir.

Multitudes de mujeres y niños pululaban alrededor del edificio NKVD en Nikopol a todas horas a pesar del frío glacial. Los hombres de la NKVD los dispersarían, pero pronto regresaron, llorando, gritando, llamando a los nombres de padres, maridos, hermanos. Muchos de estos desafortunados eran habitantes locales, pero muchos otros venían de aldeas cercanas, donde el pogrom estaba atacando a los presidentes soviéticos de las aldeas, secretarios del Partido, líderes de Comsomol, presidentes de granjas colectivas. Esta escena fuera del NKVD nunca podré borrar de mi memoria. Un gran genio teatral, con la esperanza de transmitir la desesperación masiva, el dolor macabro e ilimitado, no podría haber inventado algo más aterrador.

Y en medio de la tormenta, a través del aullido de los heridos y las muecas del sufrimiento, la prensa y la radio anunciaron la adopción formal de "la Constitución más democrática del mundo" en noviembre de 1936.

No hubo una purga sino varias, una serie. Cada uno marcó una nueva etapa de crisis. Cuanto más inseguro se sentía el régimen, mayores y más crueles eran las represiones. Stalin llevó a cabo una guerra despiadada contra todo el pueblo soviético. Las víctimas fueron secuestradas de todos los departamentos del gobierno, de todas las ramas de la economía y la vida social, de todas las capas de la población. Tampoco estaban exentos los topes burocráticos del régimen. Cuando la súper-purga de 1936-38 disminuyó, dice Kravchenko:

no había una oficina o empresa, un organismo económico o cultural, un gobierno o una oficina militar o del Partido, que no estaba en gran parte en manos nuevas. Si un conquistador extranjero hubiera tomado el control de la maquinaria de la vida soviética y hubiera puesto a la gente nueva en control, el cambio difícilmente podría haber sido más completo o más cruel.

Además de los miles que murieron antes de los escuadrones de fusilamiento, o que encontraron una muerte más cruel a manos de torturadores sádicos en los sótanos de la policía secreta, millones fueron condenados a trabajos forzados en campamentos en las regiones más inhóspitas e insalubres del país. Aquí en condiciones atroces que Kravchenko también puede describir como testigo presencial, innumerables multitudes murieron, Kravchenko afirma que en 1938

entre los comunistas cercanos al trono del Kremlin, las estimaciones susurradas colocaban a las fuerzas de trabajo esclavo en más de quince millones; en los próximos años la estimación estaría más cerca de los veinte millones.

Sin embargo, incluso esto no agota la estimación de las víctimas. Para todos los que fueron purgados tenían parientes, amigos y dependientes a quienes se les hizo sufrir. Dice Kravchenko:

millones de personas que escaparon de la purga fueron mutiladas en sus mentes y heridas en sus espíritus por los miedos y brutalidades en que vivían. Por pura escala, no conozco nada en toda la historia humana que pueda compararse con esta persecución intencional y despiadada en la que decenas de millones de rusos sufrieron directa o indirectamente. Genghis Khan era un aficionado, un fanfarrón, en comparación con Stalin.

La purga del Ejército Rojo fue tan amplia y exhaustiva como lo fue en otras esferas. Barmine da un "recuento áspero" de los que desaparecieron: tres de cinco mariscales, once vice-comisarios de guerra. Seis de los ocho generales que formaron la corte marcial supuestamente condenaron a muerte a Tukhachevsky y otros siete del Alto Mando. Setenta y cinco de los ochenta miembros (todos generales y almirantes) del Consejo Militar Supremo del Ejército Rojo, incluidos todos los comandantes de los distritos militares, el comandante en jefe de la fuerza aérea, el comandante en jefe de la flota, y todos menos uno de los comandantes de las diferentes flotas marítimas. Noventa por ciento de todos los generales. Ochenta por ciento de todos los coroneles. Aproximadamente treinta mil oficiales menores.

Fue este decapitado Ejército Rojo el que tuvo que ir a la batalla contra los nazis. Barmine afirma que si Stalin no hubiera disparado a todo el personal al mando del ejército en 1937, "las batallas que salvaron a Rusia se habrían librado en el Vístula y el Nieman en lugar del Volga y el Neva". Tres años de paz no son suficientes para que un ejército decapitado pueda desarrollar un nuevo cerebro ". Los lugares ocupados por estrategias militares tan brillantes como Tukhachevsky, Bluecher, Yakir, Feldman, Kork, Uborevich, todos" liquidados "en la purga, fueron ocupados por mariscales tan sin talento como Voroshilov, Budyenny y Timoshenko, cuya única "calificación" fue su servilismo hacia Stalin. Barmine testifica, y todo el mundo sabe, que estas mediocridades militares no intentaron una estrategia ni pusieron en práctica ningún plan. "Todo lo que utilizaron su gigantesca mano de obra y equipo fue para detener los sucesivos agujeros en el dique por el que los alemanes estaban cayendo". Stalin pronto tuvo que

eliminar a estos generales del comando y reemplazarlos por hombres más capaces. Mientras tanto, el Ejército Rojo y el pueblo soviético pagaron, y continuaron pagando, un precio terrible por la purga de Stalin de las fuerzas armadas. Las tropas de Hitler pudieron invadir un gran segmento de la Rusia europea, llevando muerte y ruina a las regiones más pobladas. El Ejército Rojo sufrió bajas calamitosas sin poder detener la invasión hasta mucho más tarde.

Pero esto es solo una parte de la imagen. La economía soviética, que se requería para satisfacer las necesidades de la guerra, se había desarrollado de manera desequilibrada bajo los planes quinquenales debido a las fantásticas desproporciones inherentes a los propios planes. Stalin imaginó que podría apresurar su camino a través de los obstáculos más difíciles mediante un sacrificio prodigioso de la vida y el bienestar humano. Mediante los propios esfuerzos de la Unión Soviética, el país no solo se industrializaría a una velocidad tremenda, sino que "alcanzaría y superaría" al país capitalista más avanzado, los Estados Unidos. Sabemos a dónde condujo el aventurerismo de Stalin en el dominio económico: al colapso y al caos. La economía soviética no se había recuperado de las terribles consecuencias de la "planificación" estalinista cuando los nazis invadieron el país y la industria debilitada fue llamada a proporcionar los nervios mecánicos de la guerra y las necesidades de un ejército de muchos millones.

Kravchenko ilustró bien los efectos de las políticas de Stalin en la esfera económica cuando relata que los soldados soviéticos murieron por miles en las barricadas de alambre de púas establecidas por los nazis, porque la industria no podía proporcionar un artilugio tan simple como el alambre de acero cortadores. En cuanto a las linternas de batería, simplemente no había tales ayudas de lujo para los soldados soviéticos. Pero la industria ni siquiera podría darles un sustituto tan simple como las linternas de queroseno. Los zapatos de hierro para los caballos eran inalcanzables, con el resultado de que la caballería y el transporte de animales sufrieron. Los soldados marcharon y lucharon con zapatos de lona.

Estas deficiencias fueron rechazadas como el trabajo de "enemigos internos". Y así las represiones y purgas continuaron en tiempo de guerra como lo hicieron en tiempos de paz, una "guerra dentro de una guerra", dice Kravchenko, quien atestigua que esto fue "La única parte del esfuerzo bélico que funcionó rápida y eficientemente en la primera etapa terrible de la lucha" contra los nazis ... "Tuvo prioridad sobre las medidas de defensa militar".

En medio de los terribles sufrimientos de las masas soviéticas, tanto en la paz como en la guerra, un estrato de la población, la *élite* soviética, no solo satisface sus necesidades fundamentales, sino que vive en una confortable comodidad. El grado de vida buena o lujosa depende de la posición del individuo en la jerarquía de los privilegiados, con la mejor reserva natural para los burócratas ultra privilegiados en la parte superior de la escala social. Mientras las masas pasan hambre y están vestidas con harapos, la *élite* disfruta lo mejor de la comida y la ropa y mucho de eso. Mientras que los trabajadores viven en los mismos barrios miserables que existían bajo el zarismo, los funcionarios soviéticos ocupan los mejores y más nuevos edificios de apartamentos. Las muy publicitadas casas de descanso y lugares de vacaciones están reservados para la casta gobernante y la sección más privilegiada de los trabajadores. Las fiestas báquicas en las que los burócratas se atiborran de los mejores alimentos y vinos nacionales e importados son comunes. Ellos y ellos solos montan en los automóviles. Stalin mismo vive como un potentado oriental. Todos sus caprichos se satisfacen a expensas del presupuesto soviético y sus caprichos son muchos y costosos. Afecta, con fines políticos, a una simplicidad de vida que se desmiente con demasiados hechos contrarios. El libro de Barmine contiene algunas escrituras inigualables que muestran el abismo abismo que separa el nivel de vida de la burocracia y su "jefe" del de las masas soviéticas.

Kravchenko explica por qué las masas soviéticas, aunque interiormente rebeldes, han soportado hasta ahora el parasitismo y la represión de los usurpadores parvenus en el Kremlin:

Ellos fueron impotentes en su sufrimiento; debilitado por veinte años de guerra, revolución, desnutrición y persecuciones sistemáticas; mareado por consignas y desconcertado por mentiras; desconectado por completo del mundo exterior. Sin embargo, nunca aprobaron la brutalidad de sus gobernantes. La amargura era más profunda en el Partido mismo, porque estaba mezclado con un sentimiento de culpa y agitado por una impotencia irritante en comparación con los gobernantes y su poder.

La incredulidad en las acusaciones enmarcadas contra los viejos bolcheviques asesinados por Stalin fue universal, Kravchenko testifica: "No se engañan, no se engañan ni un poquito". Y "esperan su oportunidad de tomar los derechos que son de ellos".

Durante la guerra, cuando el abismo entre la burocracia y el pueblo asumió formas más feas que nunca, Kravchenko dice que escuchó por primera vez "maldiciones abiertas de los funcionarios" en Moscú. Esto fue cuando el ejército alemán estaba a las puertas de la capital soviética y la ciudad estaba siendo evacuada. La burocracia monopolizó los trenes para alejarse de la zona de peligro junto con sus familias, sus muebles, sus guardarropas y sus amantes, mientras miles de familias miserables acampaban en sus maletas y maletas en las estaciones del ferrocarril con la vaga esperanza de un lugar o incluso un punto de apoyo en algún tren que va a cualquier lugar hacia el este. Al mismo tiempo, "como para burlarse de los muchedumbres miserables, cómodas caravanas de automóviles oficiales salían de Moscú, cargadas con las familias y los enseres domésticos de la *élite*".

Si al abismo social que separa a los gobernantes de las masas se agregan las inmensas crueldades del régimen de Stalin, su brutalidad totalitaria y desprecio de la vida humana, su evidente engaño, fraude e hipocresía, es fácil entender que la regla del La oligarquía del Kremlin, a pesar de su apariencia de fortaleza, descansa sobre una base de enorme descontento. El estado de ánimo latente de la rebelión ha penetrado incluso en la jerarquía de los privilegiados. Esta es quizás la más importante de las revelaciones políticas en el libro de Kravchenko.

Los oficiales del Ejército Rojo, los trabajadores estajanovistas, los gerentes de las fábricas, los ingenieros y técnicos industriales, los administradores estatales y colectivos de fincas, los funcionarios del partido y los funcionarios del gobierno detestan y temen al régimen del que son beneficiarios sociales. Sin duda, disfrutaban de la "buena vida" en materia de confort material. Pero en el vasto océano de miseria y opresión que los rodea por todos lados, muchos se sienten incómodos y avergonzados. La animosidad del humilde trabajador y campesino los ataca de mil maneras tangibles e intangibles. Y este es el menor de sus problemas. Mucho más directo y palpable es la sensación perpetua de incertidumbre e inseguridad que impregna sus vidas y contamina sus disfrutes materiales. Nadie se siente seguro. Todo el mundo siente que si las cosas van mal -y las cosas *siempre* van mal- puede terminar en una bodega de NKVD o en un campo de trabajos forzados. El malestar y la aprensión de la *élite* soviética están delineados por Kravchenko:

Recordemos que para miles de hombres y mujeres a mi alrededor yo era una persona de importancia, uno de los elegidos del Partido. Tenía favores para dispensar. Debajo de mi techo encontraron abundancia y comodidad, cosas y condiciones por las que todos menos un puñado de personas quedaron trágicamente hambrientas. Mis niveles de vida eran modestos, incluso sombríos, en comparación con los de los hombres en mi posición en Estados Unidos. Pero en Nikopol, Taganrog, Pervouralsk o incluso en Moscú estaban muy por encima del promedio, tan alejado del nivel de la clase trabajadora, que parecía vivir en un mundo aparte. Pocos de aquellos que envidiaron a sus novios bari bien pagados, sus nuevos maestros, o vislumbraron el triste esplendor de nuestra vida, se dieron cuenta del peso del miedo, la falta de libertad personal y la independencia profesional, el tormento de la tenencia incierta bajo la cual disfrutamos de nuestras ventajas ... Nuestros días parecían apresurados y transitorios - estaciones de camino a otra asignación o a una extinción repentina.

La revelación de Kravchenko de la "condición interna", por así decirlo, de la casta social privilegiada sobre la cual descansa el gobierno de Stalin, es la primera evidencia directa de una fuente competente de la extrema inestabilidad del régimen. Para empezar, la burocracia y el estrato superior de la clase trabajadora proporcionaron solo una base muy estrecha para el gobierno de la camarilla totalitaria del Kremlin. Ahora descubrimos que incluso esta base estrecha es débil y inestable, compuesta de elementos que no pueden sino odiar las copas dominantes debido al miedo y la incertidumbre que impregna y envenena sus vidas. En el transcurso de dieciocho años, Stalin no ha podido establecer ni endurecer una formación social homogénea que pueda servir como base confiable para su gobierno. En cambio, tenemos una imagen de una formación social que, si bien disfruta de todas las comodidades materiales de una casta privilegiada, se ve impulsada por las condiciones de su existencia política a odiar y temer al

régimen del que es el beneficiario social. Esto deja a la camarilla del Kremlin en una posición de tal aislamiento que solo puede mantener su dominio por métodos policiales: los métodos de intimidación y violencia no solo en relación con las masas sino con la burocracia misma. ¡Qué comentarios tan evidentes sobre los puntos de vista de aquellos innovadores en el campo de la teoría política que sostienen que la burocracia soviética es, de todas las cosas! - una nueva clase gobernante! Los innovadores deben explicar el fenómeno único de una "clase gobernante" que se encoge de miedo y terror ante el instrumento político de su propio gobierno.

Alguien puede preguntar: si todos los horrores representados por los dos ex oficiales soviéticos son verdaderos, ¿por qué las masas soviéticas, también esa sección rebelde de la *élite* soviética a la que pertenecían los autores? ¿Levántate tan magníficamente para defender a la Unión Soviética en la guerra contra Hitler? ¿Por qué no aprovecharon la crisis de guerra para saldar cuentas con los odiados tiranos que fueron los autores de toda su miseria? Ni Kravchenko ni Barmine se refieren al hecho de que todavía no existe un partido revolucionario que dirija a las masas en la lucha contra el régimen de Stalin. Pero Kravchenko da la siguiente respuesta general a estas preguntas: una respuesta que es un testimonio elocuente de la fuerte persistencia de las ideas socialistas en la Unión Soviética y una garantía de que el estalinismo finalmente encontrará su perdición:

Al igual que todos ellos (el pueblo soviético), amaba a mi país. Sabía que era algo distinto de la pandilla que nos gobernaba y aterrorizaba ... El hecho de que podía reunir un sincero entusiasmo por la victoria, un odio apasionado hacia el invasor, aunque detestaba el régimen soviético, es la clave del misterio por qué los rusos lucharon y al final conquistaron. No lucharon por Stalin, pero a pesar de Stalin. Nadie lo sabe mejor que la propia camarilla del Kremlin ... En su propaganda a las fuerzas armadas y a la población en general, el Kremlin insistió en que los invasores tenían la intención de restaurar a los terratenientes y capitalistas. Este fue un generador de moral eficaz y, de hecho, ofreció el terreno común más sólido sobre el que el régimen y la gente podrían encontrarse. Excepto por una minoría insignificante, debe entenderse que los rusos categóricamente no deseaban tal restauración, bajo ningún disfraz, sin importar cuán sinceramente pudieran detestar el despotismo político y económico del sistema soviético.

La alusión inesperada de Kravchenko al "sistema soviético" en esta cita es un ejemplo del engaño verbal por el cual tanto él como Barmine, después de su ruptura con Stalin, facilitaron su paso al campo de la "democracia" capitalista. Después de ofrecer repetidas pruebas de que las masas soviéticas detestan *no es el sistema soviético sino el régimen de Stalin* y que se sacrificaron en la guerra para defender lo que queda del sistema soviético (a saber, la economía socializada), de repente nos enfrentamos con la afirmación de que es el "despotismo" del *sistema soviético* que es objeto de odio popular. Esta afirmación ignora el hecho de que Stalin tuvo que destruir todo el sistema soviético, excepto su base económica, y todos sus representantes vivos, para sujetar su gobierno usurpador al país. Al identificar el sistema soviético con sus destructores estalinistas, Barmine y Kravchenko se revelan como renegados del socialismo y demuestran su voluntad de servir a sus enemigos de clase.

Significativamente, el gobierno de los Estados Unidos rápidamente dio refugio en este país a estos dos ex funcionarios soviéticos e incluso les brindó protección contra los asesinos del NKVD que les pisaban los talones. Compare esto con el rechazo decidido y persistente del Departamento de Estado de otorgar asilo a León Trotsky, quien rompió con Stalin pero permaneció fiel al Socialismo hasta su muerte.